

Las Novedades, La Nacion, La Epoca, El Tribuno y El Oriente.

Muy señores nuestros y de toda nuestra consideracion:

Escritores en distintas épocas de periódicos políticos, amantes de la independencia y el decoro de la imprenta, no hemos podido menos de aplaudir la noble conducta de ustedes, defendiendo las instituciones del pais en las presentes circunstancias.

Y por si ocasiona esa conducta, que no puedan ustedes seguir escribiendo con la misma decision que hasta ahora, ofrecemos á ustedes el concurso de nuestras fuerzas, á fin de que mientras haya periódicos independientes no deje de sonar en ellos, como suena ahora, la voz de la verdad.

Madrid 12 de enero de 1854.»

Firmaban esta manifestacion casi todos los literatos de Madrid, siendo el primero el Excmo. Sr. D. Manuel José Quintana, senador, honrado patricio de mas de ochenta años de edad, patriarca de la literatura española.

Los *polacos* no tenian ya la menor simpatía en un solo corazon honrado.



CAPITULO X.

EL BANQUERO.

A principios del año 1854 vivia en Madrid un honrado banquero á quien nuestros lectores ya conocen por los inmensos beneficios que habia prodigado á la familia del marqués de Bellafior, después de haber salvado á este la vida acogiéndole en su casa cuando fracasó el pronunciamiento del 26 de marzo de 1848, proporcionándole un pasaporte para el extranjero con cartas de recomendacion y crédito ilimitado.

Tampoco habrán olvidado nuestros lectores los pasos que dió para salvar al padre de María cuando estaba en capilla para ser fusilado, y las atenciones que tuvo con la misma marquesa de Bellafior acompañándola á ver á su padre cuando este fué deportado.

Pero lo que no saben nuestros lectores es que el ejemplo del citado marqués en elegir una esposa de humilde condicion, los afanes por encontrar una mujer virtuosa como la angelical María, el ardiente deseo que tenia de salir de la horrible soledad que le

aislaba y ver á su lado una persona que cuidára de su vejez y á quien poder pagar sus esmeros legándole su inmensa fortuna, indujéronle á casarse con una mujer pobre.

Se acordarán sin duda nuestros lectores, que en sus conferencias con el marqués, le manifestó el banquero su ódio á las viejas, y aunque él habia cumplido ya sus sesenta navidades, habia elegido una muchacha de quince abriles para esposa.

¿No traerá funestas consecuencias esta desigualdad de edades?

Hacia solo medio año que don Fermin del Valle habia cometido esta imprudencia, ó mas bien que la casualidad se la habia hecho cometer.

El semblante de la jóven casada estaba ya velado por la espresion de la melancolía.

Sus mejillas habian perdido, con el sonrosado matiz de la adolescencia, la frescura de la juventud.

Sus ojos de zafiro destellaban dulzura y amenidad.

Cuando los elevaba al cielo, semejaba la imájen de una santa en oracion.

El contorno de su cara era un dibujo perfecto, lleno de gracias y atractivos, sombreado por undulantes bucles de oro.

Esta candorosa jóven se llamaba Matilde.

Las ocupaciones de su vida reducianse á bordar ó coser tras los cristales ó persianas de un balcon que daba á la anchurosa calle de Alcalá.

El banquero habia mudado de domicilio desde su casamiento, con el objeto de proporcionar á su esposa una habitacion cómoda y alegre.

El último verano y lo que iba de invierno solian salir á dar un paseo por la noche en los dias de calor, y mas adelante al medio

dia, por la Fuente castellana, por el Prado, por el Retiro, ó por las Delicias, siempre de bracero marido y mujer.

La palabra *marido* parecia disonante á cuantos les veian juntos.

Ella tan jóven, tan lista, con sus rúbios cabellos que el viento agitaba en torno de su graciosa capota de terciopelo negro ornada de anchos y luengos lazos azules, y él, noble y venerable anciano cuya calva majestuosa veíase rodeada de escasos rizos blancos como la nieve.

Pero la jóven esposa sonreía de tan buen corazón al viejo, le colmaba de cuidados tan sinceros y tiernos, tenia siempre para él tan dulces y consoladoras palabras, y él correspondía á este amor con tan inmensas bondades, que olvidando todos la desigualdad de años, admiraban la armonía de sus corazones, respetaban sus virtudes, y envidiaban la imponderable felicidad que les acariciaba.

Lo que la sociedad no conocia de la existencia doméstica de estos afortunados esposos era aun mas tranquilo y deleitable.

La vida del anciano declinaba á su término suavemente, sin que un solo pensamiento angustioso acibarase tan apacible ventura.

Un ángel cuidaba de su presente, y el cielo se abria á su porvenir.

Frecuentemente la miraba conmovido, ó la escuchaba con religiosa atencion cuando por la noche dirigia sus oraciones al Todopoderoso.

Levantábase después de orar, inspirada aun y radiante como una beldad celeste, y su buen esposo recibéndola en sus brazos é imprimiendo en su frente el ósculo de paternal bendicion, le decia:

— ¡Cuán rápidamente, Matilde, se desliza el tiempo contemplándote y oyendo tu deliciosa voz! Cada dia mas feliz á tu lado,

agradezco á la Providencia el haberme dado al fin de mi vida este dulce consuelo.

Entonces la tierna esposa ceñía con sus delicadas manos el cuello del bondadoso anciano, apoyando nuevamente su cabeza en uno de sus hombros, mezclando sus rubios cabellos con las nevadas canas de su bienhechor.

—Soy muy dichosa —le contestaba conmovida— de poder consagrar mi vida entera al hombre á quien respeto y amo mas en el mundo, al que me ha tendido una mano generosa, al que viéndome triste y sola, ha venido á consolarme, á dirigirme palabras de dulzura que han secado las lágrimas de mis ojos y han dado el sosiego á mi corazón.

De esta manera pasaban deliciosamente las horas como padre é hija el marido y la mujer, viviendo para ellos solos, sin que un solo destello de sus amorosas confianzas transpirase fuera de aquel recinto.

Don Fermin del Valle pasaba el día con sus ocupaciones mercantiles.

A las cinco de la tarde, después de comer, encerrábase aun una hora en su despacho, y el resto de la noche le consagraba á la adorable compañía de su jóven esposa.

Una tarde habian dado ya las seis, y contra su costumbre, el honrado banquero no se retiraba á su despacho para terminar las cuentas del día.

Durante la comida habia permanecido triste y meditabundo.

Matilde habia notado la agitacion de su marido.

Era extraordinaria en demasía y hallábase muy demudado su rostro antes siempre tranquilo y jovial, para que la sensible jóven no sintiera á su vez dolorosa inquietud.



(15)

(Ayguals de Izeo hermanos, editores.)

Sin embargo, respetó el silencio de su esposo, disimuló su desasosiego, y aunque deseaba mas que nunca tributarle consoladoras caricias, solamente de vez en vez apartaba los ojos de su labor, y contemplaba mas aun con el corazón que con los ojos la desgarradora tristeza que empañaba la frente del bondadoso anciano.

Una hora trascurrió así, cuando de repente oyó la afligida esposa la voz de su marido, que con emocion pronunció este solo nombre: ¡Matilde!

Levantóse precipitadamente lanzando al suelo su labor, porque aquel nombre encerraba para ella un pensamiento entero.

Parecía que el nombre *Matilde* queria decir en aquel momento: *Ven, esposa mia, sufro mucho, y te llamo para que me consueles.*

En medio del profundo silencio que hacia tan largo tiempo reinaba, sonó el nombre de Matilde como el último acento de una plegaria que solo Dios habia oido.

Sentóse al lado de su marido, asióle una mano y la estrechó entre las suyas.

El viejo la contempló algunos instantes, y aproximándosela aun mas á su corazón, le dijo:

—Soy muy feliz cuando te veo junto á mí. Mi corazón recibe un consuelo inefable.

—¡Un consuelo! —repitió con tristeza la jóven esposa mirando al banquero con ternura. —Solo el que sufre necesita consuelos.

El afligido viejo no respondió; temia afligir tambien á su esposa.

—Tú padeces, esposo —le dijo con solícito afán su mujer.

—Es verdad, Matilde mia, padezco mucho.

- ¡Dios mio! —
- Sufró un tormento horrible. —
- ¡Y callas! —
- Callo porque temo afligirte. —
- Mas me aflige ese silencio. —
- No lo creas, hija mia... Cuando sepas lo que ocurre... —
- ¿Pues qué ocurre? —
- No, no me atrevo á desgarrar tu inocente corazón. —
- ¡Qué ansiedad!... La incertidumbre me mata, esposo mio, habla por Dios. —
- No, Matilde, no. —
- Está bien... respetaré tu silencio, toda vez que no me juzgas digna de tu confianza. ¡Y dices que me amas! —
- ¡Si te amo, hija mia! ¿Puedes dudarlo? —
- Si me amases, no guardarias conmigo esa reserva... —
- Lo he dicho ya, Matilde, solo el temor de hacerte desgraciada sella mis labios. —
- ¿Y crees tú evitar esa desgracia con el silencio? —
- No, Matilde mia, de ningún modo puedo evitarla ya; pero ¿á qué anticiparte sus rigores? Demasiado pronto atormentarán tu alma candorosa. —
- ¿Crees acaso que no tendré valor para soportar el golpe por violento que sea? —
- No sé, hija de mi vida, se trata de la pérdida de todas mis ilusiones. —
- No te comprendo, esposo mio. ¿Qué ilusiones pueden ser las tuyas, que no veas realizadas? —
- Mis ilusiones han sido en todos tiempos hacerte la mas dichosa de las mujeres. —

— ¿Y puedo dejar de serlo á tu lado? ¡Eres tan bueno, amigo mio! ¡Te debo tantos beneficios! ¡Oh! seria la mas negra ingratitud no amarte cual mereces. Seria una locura no estar contenta junto á un mortal tan bondadoso. —

— Para que vivieras siempre contenta y feliz, me afanaba yo noche y dia... y deseaba aglomerar riquezas, y proporcionarte con ellas una brillante posicion social, rodeada de goces y de comodidades. —

— ¡Y qué! ¿no se han realizado tus ilusiones? ¿No tengo riquezas suficientes para socorrer con mano pródiga á los menesterosos? ¿Qué me falta á mí? ¿Cuándo podia esta pobre huérfana ambicionar semejante suerte? Y no creas, amigo mio, que sea el fausto de la opulencia, no creas que sea el lujo fascinador, ni la aglomeracion de riquezas lo que hace mi felicidad, no, mi querido esposo; tu amor y el verte contento es todo lo que me basta para ser feliz. —

— ¡Angel de bondad! ¿Es posible? Después de haber disfrutado todo linage de goces ¿pudieras avezarte á los azares de la pobreza? —

— ¡De la pobreza!... —

— Si, hija mia, de la pobreza... y... lo que es peor de todo... de la deshonra. —

— ¡Ay! esplicate por piedad. Tus misteriosas palabras me llenan de amargura. ¿Qué sucede, Fermin? ¿Qué sucede? —

— No hay mas recurso que la muerte. —

— ¡La muerte! — gritó desconsolada la pobre jóven. —

— Verte en la indigencia... y verme yo sin honra... —

— ¡Tú sin honra! Tú, modelo de generosidad y de virtud.... ¿es posible que digas eso? De rodillas, esposo mio, te ruego que

me descifres ese enigma que no puedo comprender. —

— Y Matilde se arrojó á los piés del anciano, que después de besarla en la frente, la recibió en sus brazos, y sentándola en su rodilla, exhaló un profundo suspiro y prosiguió:

— Un terrible infortunio nos amenaza muy de cerca.

— ¡A nosotros!

— Sí, Matilde— continuó el banquero pasándose por la frente su trémula mano— una desgracia irreparable para nosotros los que con frecuencia tenemos la fortuna, la dicha y hasta la vida á discrecion de la suerte. Tiemblos al oirme hablar de este modo, y no entiendes mi lenguaje, candorosa niña. Perdóname; pero me parece que no soy tan desgraciado al lado tuyo confiándote la causa de mi sufrimiento. Escucha: tú, jóven sin experiencia de lo que son las cosas de este mundo, no sabes que el afán de enriquecerse hunde á veces en la pobreza y en el deshonor á las mas distinguidas familias.

— ¡Deshonor! — exclamó Matilde con angustiada zozobra. — No hables así, esposo mio, me haces temblar. ¿Cabe acaso en tu conducta semejante mancilla?

— No, Matilde, porque no sobreviviria á tamaña desgracia.

— ¿Pero de qué desgracia me hablas, esposo mio?

— Estos dias ha habido varias quiebras en Madrid, y la mia aumentará el escándalo.

— ¡Qué me dices!

— Contaba con el importe de varios cobros para atender al plazo de una jugada de bolsa. Dentro de breves dias he de hacer un pago para el cual no alcanza apenas á la mitad de su importe cuanto poseo. Me han faltado á obligaciones sagradas.... yo tendré que faltar á mi vez! «Don Fermin del Valle ha quebrado» se dirá

dentro de poco. «La respetable firma del banquero del Valle ya no es admitida en la Bolsa.» Esto asesina á un comerciante de honor.

— ¡Dios mio!

— Después de tantos afanes...

— Querido esposo...

— De tantos desvelos para mejorar tu suerte...

— ¡Válgame Dios! ¡Cuántos sinsabores te causo!

— Tú no, hija mia, tú no tienes culpa alguna en mis infortunios.

— ¿Y qué importa ser pobres?

— Es horroroso después de haber sido ricos; pero lo peor de todo no es la pobreza.

— Pues qué! ¿hay otra desgracia?

— Te lo he dicho ya, no solo pierdo mis capitales, sino el honor.

— ¡El honor!

— Tú no sabes lo que es una quiebra para el hombre que tiene estimacion.

— Cuando no es fraudulenta...

— Siempre deja que sospechar.... y esta idea atormentaria de un modo horrible el alma mia.

— Por Dios, esposo mio, no te aflijas de ese modo. ¿Hay desgracia alguna capaz de empañar el brillo de tu reputacion? ¿No es tu nombre uno de los mas queridos y respetados en Madrid? Es regular que todo el mundo sepa esas quiebras de que me has hablado.

— Nadie las ignora en el comercio.

— Pues bien ¿podias tú preverlas? ¿Qué culpa tienes en que otros hayan faltado á sus compromisos y te hayan arruinado? Cré-

me, esposo mío, respetarán tu infortunio; y si una sola voz osara levantarse para zaherirte, otras ciento acudirían á tu defensa, otras ciento de cuantos desdichados han recibido tus beneficios. Si hoy te es adversa la fortuna, mañana podrá sonreírte. Para vencer al presente, bastan las virtudes del pasado y las esperanzas del porvenir.

La jóven esposa estaba hechicera y como inspirada cuando pronunció sus últimas frases.

Su voz tenia un *no sé qué* tan penetrante, que á guisa de benéfico bálsamo bañó el herido corazón del pobre viejo.

—Sí, es verdad — repuso este abrazando á su esposa con emoción — es imposible que sesenta años de probidad se pierdan en un solo día. No te separes de mí, Matilde, hija de mi alma... háblame siempre como ahora... ¡Es tan elocuente la inocencia!... Solo tu candor es capaz de darme resignación y aliento.

Prolongóse esta conversacion entre recíprocas y cordiales caricias que reanimaron el corazón abatido del banquero, y pasó aquel día con menos amargura de la que era de temer.



CAPITULO XI.

LA BUENA NOTICIA.

El día siguiente, poco después de haber recibido la correspondencia, salió el honrado banquero de su despacho en busca de su esposa.

El rostro del banquero estaba radiante de alegría.

Habia en sus facciones tal espresion de felicidad, que semejaba haber vuelto á los verdes años de su juventud.

No parecia aquel hombre abatido bajo el peso de un infortunio horrible.

Al ver á Matilde corrió hácia ella sin que se lo estorbára su avanzada edad, y con voz sonora le dijo:

—Gracias, hija mia, gracias. Bien sabia yo que tus palabras de consuelo eran el preludio de mi felicidad. Me he salvado.

—¿Han pagado tus deudores?—preguntó Matilde llena de gozo.

—No, pero es de esperar que en la junta de acreedores que